

EL AÑO EN QUE HABLAMOS CON EL MAR

ANDRÉS MONTERO

EL AÑO EN QUE
HABLAMOS
CON EL MAR



Primera edición: abril, 2026

© del texto: Andrés Montero, 2024

© edición original de La Pollera, Chile

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2026

Por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh.

Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Alemania

Ilustración de cubierta: Patricia Cruz Parrilla (LaPatry Cruz)

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-10234-18-5

Depósito legal: M-5045-2026

Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

*A Nico, Tomás, Raimundo, Titi y Felipe:
las personas con las que siempre quiero estar.*

*Una vez creado el mundo sobrevino una lucha entre
dos culebras: la culebra de las aguas y la culebra de la tierra.*

Relato oral mapuche

*¿Escuchan la música de las palabras
que navegan en el aire, rielan en el agua y se hacen fuego en
el corazón del mar?*

Elicura Chihuailaf

En el agua se refleja el fantasma inaprensible de la vida.

Herman Melville

VERANO

Lo vimos llegar cuando ya se despedía el verano. El aire tibio, el mar picado, el movimiento de los pájaros, todo parecía anunciar la lluvia o la irrupción adelantada del otoño. Pronto nos daríamos cuenta de que no, de que aún restaban otros días de calor y que lo que sucedía en realidad era que la isla quería avisarnos que teníamos visita. Por eso se desajustaba un poquito, para ponernos en alerta, porque bien sabe nuestra isla que lo que nos puede llamar la atención no será el ruido ni el silencio, no el rugido del mar ni un temblor en la tierra, tampoco la luz de un meteorito o el tronar de los cruceros, no lo grande, no lo enorme, pues lo que está muy a la vista no nos necesita para nada y entonces es más sencillo seguir de largo por la misma isla que tan bien sabe que nos remueven, en cambio, esas alteraciones mínimas que reclaman una segunda mirada, un paso atrás, una comprobación quieta de la diferencia: todas esas señas que se nos revelan de repente y nos hacen comprender, fascinados, que están ahí desde hace varios días, caracoleando por la isla para abrirse paso entre las grietas de lo igual.

Así era como nos alertaban esa mañana la tibieza ventosa del aire, la sutil picadura del mar, el aleteo nervioso de las

aves, y por supuesto el tañido fantasmal y lejano de la campana hundida, que fue en realidad lo que terminó por espabilarlos, lo que nos obligó a sacar los ojos de la tierra y recibir la bandada de señales que la isla venía tejiendo para nosotros desde hace tres o cuatro días, con una paciencia de araña.

—Viene alguien —dijimos entonces, y dejamos las palas ensartadas y acostados los rastrillos, y pegamos dos chiflidos a los perros para que trajeran de vuelta a las ovejas y avisamos a los hijos que alimentaran ellos a las bestias, mientras de lejos comenzaba a escucharse el runrún de la avioneta del gringo Mike.

Nos fuimos sin apuro hacia el aeródromo, encontrándonos por el camino. Tal vez hablábamos de algo, o tal vez no decíamos nada y solamente mirábamos arriba, notando cómo crecía el rumor entre las nubes y se agitaban otro pichintún el mar y el viento, mientras el puntito negro en el cielo se iba haciendo más grande, más ruidoso, hasta que le salieron las alas, se dio una vuelta de gaviota por la isla, mostró las ruedas, bajó a niveles siempre preocupantes, acomodó el tren delantero y finalmente aterrizó bailando de aquí para allá sobre la pista, que siempre parece muy corta y que a veces por tristeza lo es.

Entonces botamos la respiración contenida, como cada vez que se nos ocurre venir a ver un aterrizaje.

Primero se bajó el gringo Mike, que se puso a elongar brazos y piernas como si el viaje desde el continente le hubiera tomado siete horas y no trece miserables minutos. Nosotros estiramos los pescuezos para no perdernos el momento en que se bajara la visita, a ver quién lo reconocía primero, a ver

qué visita tan ilustre merecía el esfuerzo de la isla y sus señas de caracol.

Por fin Mike le abrió la puerta y lo vimos saltar a tierra y salir corriendo de la pista, como si creyera posible que otra avioneta viniera a la cola de esta, dispuesta a embestirlo como un toro mosqueado. A todas luces, un turista. Era el único pasajero. Mike sacó un pucho, apoyó la espalda en la avioneta y lo miró divertido. Por todo equipaje el forastero traía una maleta chica con ruedas, un maletín que se cambiaba de hombro cada tanto y una cámara de fotos colgando del cuello. Los zapatos eran elegantes, también el pantalón y la chaqueta. Parecía listo para reunirse con el alcalde. También parecía ignorar que acá no tenemos nada parecido a un alcalde. Al ojo le echamos unos setenta años, sugeridos por el pelo tan gris que se ordenaba de un manotazo cada dos por tres, inútilmente. Atrás suyo, el viento hacía sonar las alas de la avioneta, como si se la fuese a llevar por los aires.

Así que no era más que eso: un turista, con su cámara de fotos y su maleta, con el notorio alivio de no haberse estrellado y el probable interés en ir lo más pronto posible a ver el fuego que se enciende en nuestro mar, porque los días son pocos y a eso vino, y también, aunque no lo sabe, a decepcionarse porque la verdad es que las ballenas ya no vienen por las costas de esta isla aunque los folletines turísticos del continente las sigan anunciando con fotos macanudas del cachalote blanco, tan famoso en todo el mundo que de vez en cuando la idea de avistarlo termina por convencer a un par de despistados que contactan al gringo Mike y se vienen nomás para acá, y que al tercer o cuarto día, visto el fuego que sale del mar, decepcionados por la ausencia de las ballenas

y del cachalote muerto hace un siglo y medio, aburridos de la calma y del oleaje, ya no saben qué más hacer en una isla donde lo que pasa no se ve.

Un turista, pues. Para eso ensartamos las palas y acostamos los rastrillos, para eso dejamos el trabajo tirado esa mañana en que empezaba a despedirse el verano. Entre los que estábamos por ahí sobrevino una primera ola de desilusión, que sin embargo quiso recogerse cuando alguno de nosotros hizo ver lo que después sería imposible dejar de ver:

–Como que se me hace cara conocida.

Entonces achicamos los ojos, intentando ganarle a la distancia. Y lo vimos.

–Mierda. Es igualito.

–No, a ver. Igualito no es.

Es que tal vez no fuera nada más que la ilusión tan grande que teníamos de que pasara algo, cualquier cosa. La desesperanza, o el aburrimiento, o la pena que llevamos guardada desde hace siete años rompió otra vez contra la isla.

–En verdad no se parece tanto –venía la ola.

–En lo morocho un poco –se recogía de nuevo.

–Y en la parada –un poquito más adentro.

–Con barba se parecería más, pero así ni tanto –venía de vuelta.

–Yo no le hallo el aire –reventaba, reventaba nomás la ola de la desilusión.

Qué estupidez, si probablemente era pura coincidencia, una conjunción tonta entre las señales difusas de la isla y un parecido que con suerte serviría para darnos algo que hablar esa tarde en la taberna y preguntarnos en qué andaría don Julián.

Pero una vez que estuvo fuera de la pista, cuando pareció sentirse seguro, o por lo menos tranquilo, o por lo menos en equilibrio, el forastero le dio la espalda al mar, apoyó los puños sobre las caderas y dio un vistazo amplio a la isla, mientras botaba el aire del viaje por la nariz, lenta y profundamente, al ritmo del paisaje.

La abarcó completa, la isla, a lo ancho y a lo largo y a lo alto, como si la estuviera haciendo suya con la mirada.

Entonces terminamos de reconocerlo.

-¡Ah, chucha! ¡Sí es!

-¡El hermano!

-¿Cuánto tiempo que no venía?

-Yo pensaba que se parecían más.

-Es que a lo mejor no es.

Pero sí que era. Lo supimos por la mirada amplia, por el suspiro de los que vuelven. Lo decía también con los ojos: había algo en ellos que hablaba del tiempo y la nostalgia, de la necesidad de juntar las imágenes de los recuerdos con las que tenía ahora a la vista, de ponerlas unas sobre otras para comprobar si calzaban o si había que hacer algunos ajustes en la memoria.

Después saludó a Mike con la mano, empujó la maleta y se fue. Poco más allá se acabó el cemento y las ruedas de su maleta se volvieron inútiles.

Nosotros volvimos a nuestras cosas. Recién era mediodía.

Puede que todavía quedaran dudas, pero en cualquier caso terminaron de esfumarse esa misma tarde. La hija de don Hugo se pasó por la taberna y nos contó que lo había visto desde el cementerio nuevo. El hombre estaba parado frente a la abandonada casona de los Garcés, apoyado en el asa de su

maletita y mirando todo con la boca abierta, impactado por la ruina de la hacienda familiar. De tanto en tanto hacía bocina con las manos y gritaba «¿Holaa?» y después «¡Alóoo!», pero cada vez más despacito, cada vez con menos esperanzas, echando miradas alrededor como preguntándose bajo qué árbol iba a tener que pasar la noche o a qué hora se decidiría a reventar la tormenta.

—Oiga, si busca a don Julián no lo va a pillar —le dijo la chiquilla desde el otro lado de la cerca, preocupada de que tanto grito interrumpiera el descanso de los náufragos.

—¿Y dónde lo encuentro?

—Tiene que subir por el sendero, cerro arriba. Siga el humo de la chimenea, ¿lo alcanza a ver?

El forastero miró hacia arriba. Tuvo que doblar mucho el cuello hacia atrás para que los ojos fueran más allá del follaje del bosque y logaran distinguir el humo que subía desde La Punta.

—Hostia. ¿Qué hace allá Julián?

—Allá vive. En La Punta.

—¿En La Punta? Eso estaba muy lejos.

—No estaba. Está. Por eso lo vemos poco a don Julián. Ya no baja nunca.

—¿Y de qué vive? ¿Y por qué se fue de la casona? ¿Y qué coño hace un cementerio aquí?

La hija de don Hugo no tenía ni respuestas ni muchas ganas de hablar, así que levantó los hombros antes de perderse otra vez entre las cruces, mientras el recién llegado puteaba un poco, se cambiaba otra vez de hombro el maletín y aceptaba que su destino, al menos en esa tarde, al menos en su primer día en la isla, era irse a la literal punta del cerro.

—¿Cuánto tiempo era que no venía? —nos volvimos a preguntar esa noche en la taberna.

Pero la verdad es que nosotros tampoco teníamos respuestas, y las ganas de hablar las habíamos perdido hace mucho tiempo. Se estaba mejor así, escuchando llover, levantando las cejas de vez en cuando, preguntándonos cada tanto si las imágenes de nuestros recuerdos también necesitaban algunos ajustes, y olvidándonos del tema a la segunda caña.

Al final, tampoco había sido para tanto.

Ya se iba, ya se nos iba el verano cuando lo vimos llegar. Los últimos días habían estado nublados y este también. El aire tibio, el mar revuelto, el movimiento de los pájaros, el tañido de la campana hundida: la isla se daba maña para anunciarnos la lluvia y también una visita.

Jerónimo Garcés era la visita. La lluvia, bueno.

La lluvia era la lluvia.